

La Voz de Dalías

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO I NÚM. 7

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CORTES, 4

Dalías 5 de Diciembre de 1928

RATIFICÁNDONOS

Por la nota aclaratoria que aparece en otro lugar de este número, verán nuestros lectores que la gacetilla que salió a luz en el anterior, intitulada "Una explicación y una advertencia", reflejaba solo la opinión personal de su autor, nuestro colaborador Don A. A.; y si no resultó autorizada con su firma, fué debido a una distracción sufrida en los talleres donde este periódico se confecciona.

Con el fin de esclarecer las dudas que la aludida gacetilla suscitara en no pocos electores, acerca de la discrepancia de criterio que sustentaba esta publicación en cuanto al edificio de la futura Escuela graduada, hacemos constar que nosotros nos ratificamos en la tesis sostenida en el editorial anterior; sin que las cuartillas del señor A. A. hayan influido, en un ápice, para modificar nuestro criterio, que es hijo de la convicción más absoluta.

po, está el pobre tan cansado que nunca completa la hora; y como sucede que «a perro flaco...» Aparte de que el viento le combate alternando el funcionamiento de sus agujas, parece que el encargado de las campanas de la Iglesia la ha tomado con él, pues rara es la vez que en las horas de la mañana, (inadvertidamente seguro), no hace coincidir sus toques y repiques con las horas del pobre reloj. Pues no digo nada en días de funeral. ¡Aquí que *doblan* más que en una fábrica de papell

El Ayuntamiento, con más bue-

na fé que acierto, tomando ese pínaculo por pino o ciprés, amontona en su base toda clase de abonos, sin resultado alguno, como es natural.

En mi concepto, lo que se debía de hacer es lo que con toda persona, animal o máquina que por demasiada edad, o uso, se muestra cansada, quitarle carga, que en este caso, podrá ser que, alguien en el Ayuntamiento diese los cuartos, y así él podrá completar las horas. Creo yo.

BERNARDO RUBIO

RECONCILIACIÓN

María Piedad y Angel José, se querían con toda la fuerza de sus almas.

Era María Piedad casi una niña, pues solo contaba quince abriles, de carácter alegre y de un fondo bueno y angelical. Angel José, iría ya en los veintiún años, era de los que sin ser elegantes, tienen cierto porte de distinción; aunque su carácter alegre lo ocultaba, era un romántico de pura cepa. En fin una pareja ideal. Pero he aquí, que ambos tenían bastante arraigado un defecto, de los que en poca dosis son hasta convenientes, pero en mucha funestos; eran orgullosillos a más no poder. Así es que un disgusto trivial, un disgusto de esos que son el pan nuestro de cada día entre los enamorados, vino a empañar el cristal con que veían su felicidad. Por más que intervinieron los amigos de ambos, para ver si lograban reanudar las relaciones que antes unía a la enamorada pareja, todo fué inútil. El orgullo podía más que el cariño y

ninguno de los dos quería decidir.

Entre los jóvenes de esa época, distinguíase, por su carácter caprichoso, Jorge Ríos, muchacho rico y mal educado y acostumbrado desde su infancia a satisfacer cualquier capricho que su extraviada mente concibiera.

Aunque con poca suerte, pues incontables eran los desprecios que de ella recibió, Jorge Ríos andaba siempre tras lograr el amor de María Piedad, y este obstáculo, único insalvable en su vida, hizo que su pasión aumentara hasta el extremo de concebir adueñarse por la fuerza, del amor que ni las súplicas ni los ruegos pudieron conseguir.

Había cerrado la noche. De vuelta del Santo Templo, regresaba a su casa María Piedad, con andar lento (iría quizá añorando los tiempos en que su idilio con Angel José la hicieron venturosa), cuando

SIN MALICIA

Calamidad más grande que la que sostiene en su cúspide el catite adosado al Ayuntamiento en su parte anterior conforme se viene de la Mojonera, no es posible encontrarla. Destinado a medir los más importantes de la vida, el tiem-

de una de las callejas que había en el trayecto que mediaba entre el Santo Templo y su casa apareció con los ojos inyectados en sangre, el pelo enmarañado y loco de pasión, Jorge Ríos. Abalanzose a ella, cogiéndola de una mano y dirigiendo el plateado cañón de su Smit al pecho, díjole: ¡Confíesame que has de ser para mí, o mueres! Ella quedose aterrada, convulsa, como entontecida, no sabía qué responder, en aquel instante en que se jugaba su felicidad o su existencia.

De pronto se oyó una fuerte interjección, sonó un golpe seco y Jorge cayó al suelo sin sentido.

Era Angel José que como todas las noches, salía a contemplar, desde un sitio oculto, a la que era objeto de sus amores y que en aquella noche, hizo para ella de verdadero Angel Tutelar.

Y en la calle solitaria, al lado de un cuerpo exánime, vieron los vecinos que asisaban por las ventanas, juntarse dos bocas en un prolongado óbscuro, que fué como el sello de unión en que sus dos vidas se juntaron para siempre.

Y esta noche memorable para los enamorados, el niño Cupido triunfó sobre el horrible monstruo del orgullo.

EROS

Dalías y noviembre 1928.

Legendo "La Voz de Dalías"

Señores, cojo «La Voz de Dalías», número sexto, y en su página segunda un artículo hay, que lo leo, desde el título, que dice: «Sobre la Graduada»

«Una explicación y una advertencia»,

(con esto se ha ido el verso) hasta el final, que no tiene ninguna firma, por cierto; por lo que doy en pensar

y a explicármelo no acierto, que sea de la redacción, por qué ¿cómo si el primero, o de fondo, es tan contrario, luego después dice eso?

O es que se escribe «La Voz» como los músicos viejos dicen que tocan, a oído, o yo no comprendo esto.

Dice el aludido escrito (bastante claro, por cierto) que la primera impresión que dan aquellos cimientos al que va, es que el edificio resultará un adefesio; pero, en cuanto le explicó el alcalde los proyectos que hay para el porvenir, se convenció por completo de que todo marcha bien.

Ahí va uno de los proyectos:

«Que se ha creído conveniente (las mismas frases inserto)

«que aquellos alrededores, (bancales, calles y pueblo) se acomoden a la escuela, y no el edificio a aquellos».

En verdad, que es peregrina la idea; por que todo esto se hace con poco trabajo; con el mas pequeño esfuerzo, las casillas que hay detrás, se llevan al pié del cerro; el parral que hay por el sur, tambien queda muy bien puesto, haciendo que gire un poco y más abajo corriéndolo; y como la calle queda algo estrecha, según creo, las casillas que hay enfrente se corren atrás diez metros; y así, con esto, se evita el tocarle a los cimientos, que resultan muy bonitos y es lástima deshacerlos.

Se habla mucho de una verja, que debe ser un portento, por que todo el que allí va a ver cómo marcha aquello, enseguida le enjaretan:

Aquí una verja pondremos, que tamará los rincones que hay y que pueda haber luego.

¡Dichosa verja, que harás convertir lo blanco en negro;

trabajo te ha de costar, o eres tapia de cemento!

Y sin yo regatear mis aplausos mas sinceros para el Sr. Callejón, cuando crea que debo hacerlo, he de decirle al Sr. que actuó de reportero, que se incoó el expediente de la escuela, (lo sé cierto) hace ya los cuatro años; o sea en el mil novecientos veinticuatro; por lo que hay que apuntarse un tanto menos; ya que en aquella ocasión no era éste, Alcalde primero.

G. A.

EL TREN Y EL AMOR

Un silbido escapado de la locomotora, nos anunciaba que llegábamos a una estación. Un hombrecillo vejete, remellado, con la vieja gorra de visera atestada hasta las orejas y un mugriento farolillo en la mano, lo había dicho en voz alta: ¡Guadix, cinco minutos! Yo viajaba solo desde Moreda en un departamento de primera y al saber que había cinco minutos de parada bajé para respirar el aire fresco de la noche y beberme una cañita del famoso vinillo granadino.

Hecho esto, me puse a pasear por el andén haciendo hora de que el tren se pusiera en marcha, y en una de estas vueltas, observé que al departamento donde yo viajaba, subía una mujer joven y elegante. Al saber que el corto trayecto que distaba de la capital bética, Almería, lo haría en compañía de una mujer joven, lleno de vanidad, me dirijí al restaurant de la estación para beberme otra cañita, y sin perder un segundo más salí a ocupar mi asiento en el vagón. Ante mis ojos se presentó un cuadro encantador: Una mujer joven, bonita y simpática, en un vagón de

primera y solos. Aquel vagón donde horas antes me había invadido el tedio, se convirtió en breves minutos en un edén para mí. ¿No habeis viajado nunca con una mujer joven y bonita? ¿No habeis experimentado ese amor, ese deseo de vivir, o esa vanidad al viajero con tan grata compañía? Pues bien: en aquel momento, me sentía el hombre más feliz de la tierra.

Otro agudo silbido y el monstruo de hierro uniendo sus músculos se puso en marcha.

—¿Hace Vd. el favor de decirme a qué hora llega el tren a Almería? —me dijo la incógnita viajera con marcado acento andaluz.

—De doce y media a una, según he oído decir al revisor; llevamos quince minutos de retraso—le contesté yo a quella mujer que si la fuéramos a calificar de bella, sería una Venus.

—¿Le espera algún deudo en Almería?—continué.

—Sí, mi pobre madre.

—Entonces ¿no es usted de Guadix?

—No. He estado pasando una temporada con unos parientes.

—¿Y se ha cansado de Guadix o es que la llama su madre?

—No es por ninguna de las dos cosas, es... Al llegar aquí se puso seria y quedó pensativa.

—Algún amor roto o alguna esperanza desvanecida—le dije yo por seguir aquella conversación para mí tan interesante.

—No, amor no; un pariente lejano que quiso... y antes de que llegara el desenlace fatal... he decidido marcharme al lado de mi madre.

—¿Canallal—dije sin poderme contener, no le conozco y le odio.

—Todos los hombres son lo mismo: adúlteres por delante y en volviendo la espalda.

—Le soy sincero hasta lo más profundo de mi alma, y cuando sé que un bellaco ha insultado a una mujer bonita...

Un frenazo nos hizo estremecer.

—¿Qué ocurre? —me preguntó la compañera.

—Quizás algún obstáculo en el camino.

No bien había yo terminado de decir esto cuando un choque tremendo nos hizo perder el conocimiento. Al volver en sí, me encontré abrazado a aquella heroína que me decía como el que acaricia a un niño.

—Estás al lado de una mujer que te ama con locura.

Sacados de aquel laberinto con dos heridas leves, supe que habíamos chocado con un mercancías.

Dos meses después, me casé con aquella mujer que me hizo de los hombres el más feliz.

MANUEL M. LÓPEZ

Dalías, Noviembre de 1928.

A TÍ, LECTOR

Nuestro humilde decenario no salió lector benévolo, con el fin de molestar a nadie, pues su deseo era solo el de inculcar la cultura en nuestro pueblo.

Pero como éste hoy está no solo falto de aquello, sino de otras muchas cosas como ya todos sabemos, se convirtió en paladín del mismo, y con gran denuedo defiende sus intereses, de la forma que estás viendo.

Algún piensa que salió con el necio y vil intento de fustigar a personas determinadas, mas eso, no es verdad, y poco a poco de ello se irá convenciendo.

Pero si la obligación que por su gusto de ha impuesto, es la de no permitir abusos de ningún género, claro está, el que estos cometa tiene que ser descubierto, para que sean conocidas sus faltas, del mundo entero; pero la intención no fue, precisamente, ofensiva, sino que todo lo hicimos por beneficiar al pueblo.

Para que mejor lo entiendas, voy a ponerte un ejemplo:

Si abandonada en Dalías la higiene está por completo; si se pagan, sin razón, impuestos y más impuestos, (pongo el de la luz por caso). Sí, lector amado, vemos que la Escuela Graduada la están en mal sitio haciendo, y otras muchísimas cosas en fin, que claman al cielo, tenemos que protestar y censurar al Concejo local, por hacerlo todo a su capricho y deseo.

Pero no por eso debes de formar un mal concepto de nosotros, figurándote que llevamos algo envuelto contra los señores que lo integran, ¿estáis en ello?

Nosotros solo aspiramos (que no es poco desde luego) a convertirnos en árbitros imparciales de este pueblo.

Humilde es nuestro principio.

Poco, muy poco vamos, y hemos menester de ayuda y de amparo, desde luego, pero si esto se nos presta con el necio fin de hacernos el arma de algún sector determinado, con genio lo habemos de despreciar; que antes de llegar a eso, de la vida periodística desaparecer queremos.

Por "La Voz"

Uno de la Redacción

ACLARACIÓN

El artículo mío que apareció en el número anterior, titulado "Una explicación y una advertencia", por error del cajista, apareció sin las iniciales A. A. que es con las que iba firmado, siendo por lo tanto lo sostenido en dicho artículo criterio personal del abajo firmante.

A. A.

Crueldades injustas

Hasta cuando alguna me ha parecido repulsiva, he encontrado tras de ella la odiosa sombra de un corruptor.

A. Z. «El huerto de Epiteto».

No ha mucho tiempo, que en un pequeño pueblo de la provincia, vieron sus tranquilos moradores alterada la monotonía de su vida por un hecho ruidoso y repugnante que contrastaba abiertamente con las sanas costumbres de aquel rincón provinciano.

Una mujer, indigna de merecer al dulce calificativo de madre, sostenía con un hombre relaciones tan íntimas como ilícitas, aprovechando la ausencia del marido, que en su anhelo por el bienestar de los suyos, emigró a lejanas tierras, dejando en su hogar, a más de la adorada compañera, una linda niña, fruto de un puro y tierno amor.

Mas, un día la mujer a cuyo maternal cariño quedara confiada la inocente criatura, dando a su adulterio la más abominable supremacía, abandonó el hogar ya mancillado, y huyó con el amante, dejando en el desamparo y el abandono, a la infeliz muchachita.

Fué la niña confiada a la tutela y protección, de una caritativa familia, que altruísticamente se ofreció a ello, aceptando gustosa la responsabilidad que esto suponía. En los primeros meses, la compasión, que tan fácilmente germina en el pecho andaluz, hacía que las gentes del apacible lugar, se interesasen, por la situación en que quedara el tierno angelito.

Mas, se sucedieron los meses, pasaron años, y ya nadie se acuerda de aquella historia. Solo cuando alguna señora, al dirigirse al templo para asistir al Santo Sacrificio se cruza en la calle con la infeliz huerfanita, es cuando vagamente recuerdan la imagen de la infame desnaturalizada y sus labios se

mueven como en beatífica oración, para pronunciar compasivamente, mirando a la niña. ¡Pobrecilla!

Ignoro la causa del cambio de protectores de la joven, al contar quince o dieciséis años; pero es lo cierto que quedó ahora bajo el amparo de otra familia. Y en el seno de ella surgió el drama y se extendió el escándalo: el hombre que debió hacer las veces de padre, olvidando todo el sentido de la caballerosidad, arrastrado por brutal instinto, deshonoró a la niña, que como hija adoptara. ¡Y las gentes, vituperaban a la desgraciada criatura, considerando su infantil cabecita, capaz de albergar las monstruosas ideas, que solo existían en el tenebroso cerebro del corruptor!...

¡Infeliz! ¿Es acaso ella la responsable de que exista un hombre de tan escasos escrúpulos, que envilezca y corrompa a una niña, en vez de edificarla en la moral, guiándola por el recto camino del decoro y de la honradez?

¿Se preocupó alguien de instruir la lo suficiente para que tuviese clara percepción del bien y del

mal? La ignorancia y la inocencia son hermanas gemelas. ¿Pudo ella en su inocencia, sospechar que el hombre fuera el ser más vil y corrompido de la creación? Si alguien le hubiese dicho—¡huye del hombre!—habría respondido:—¿por qué?—¡Por que es malo y quiere corromperte; él es tu mayor enemigo!—¡Imposible! Él me engendró dándome el ser. Si de él soy hija, ¿por qué temerle...? Él es mi padre, él mi hermano; huyez no te creo; no me atormentes queriendo inculcarme rencores y odios, no; ¡yo le amo! ¡Qué lástima que el hombre mismo sea el que desvirtúe y destruya, tan bello concepto y tan puro ideal!

El gran escritor Jacinto Benavente, en una de sus mejores comedias, nos presenta un personaje, al que todos debíamos conocer e imitar. Este es un hombre, que estando locamente enamorado de una mujer, renuncia a poseerla, por no perder lo que para él valta más en el mundo:—«La propia estimación». Noble ejemplo. Si todos los hombres nos estimásemos un poco, si fuéramos más caballeros, habría menos desgraciadas en los prostíbulos.

Ya para esa infeliz niña, el hombre es un ser rastrero, que valido de la astucia y el engaño, satisface en su immaculado cuerpo sus ansias groseras, para luego escupirle al rostro la falta que le hizo cometer. A esta tarea presta su colaboración, muchas veces, el elemento femenino; en no pocos casos, la índole del que motiva estas líneas, ha observado que son las mujeres, las que con más escarnio condenaban a la mujer haciéndola reo a la vez que víctima.

No deben juzgar severamente a los débiles, los que rodeados de todas las venturas y afectos, ignoran los suplicios de la desventurada niña, que, débil, ignorante, y acaso desequilibrada, se ve sin amparo y sin protección en sus funestas horas de dolor.

COPLAS

Dicen que van a vender
unas cuantas damajuanas...
¡Caracoles, yo creí
que las daban regaladas!

Hay un rótulo en «Las Cuerdas»
que dice en letras muy claras:
¡Forasteros, no vayáis
al callejón de las Flores!

Dicen que van a gravar
las luces con otro impuesto.
¡Muy pocas debe tener
el que haya pensado en ello!

Suben el pan, el arroz,
la carne y las habichuelas,
¡Las faldas también las suben
más de lo que se debieran!

El reloj de la ciudad
dicen que se está oxidando.
¿Será—me pregunto yo—
por lo que tiene de bobal?

B. María Rubio

José García Nieto

¡Pobrecillas!...

(CUENTO)

Para aquellas mujeres que no las dotó el cielo con el mayor regalo: un novio

En un bello rincón alpujarreño bajo la verde parra que servía de quitasol a una florida azotea que más bien se le podía llamar un carmen, trabajaban en sus labores dos jóvenes de veintitrés a veinticinco años aproximadamente. La mayor de ellas, morena, de ojos grandes y oscuros, hacía encaje de bolillo; la menor, rubia y simpática, bordaba un ramo de primorosas campanillas. Un canario que había colgado en la azotea, lanzó al aire un conjunto de notas aflautadas, como demostrando la melodía de sus trinos. Cualquiera que hubiera observado a aquellas dos jóvenes; diría que eran felices y aún distaba mucho la felicidad de ellas. Tras un corto silencio, interrumpido por la voz de la mayor que, después de dar un profundo suspiro, cantó la siguiente copla:

Morenas y rubias, señero,
todas se casan;
pero yo de esta hecha, mi vida,
quedo *pa* chacha.

—¡Jesús, hija! ¿Quién te ha enseñado esa copla que tanto nos cuadra, eh?—dijo la menor con rabia.

La he aprendido en la hoja de un diario, ¿te gusta?

—Parece que la hicieron para nosotras.

—Que vamos a hacer... hemos nacido tan desgraciadas!

—¿Pero qué pecado hemos cometido nosotras para ello? Yo comprendo que no soy ninguna cosa; pero hija, comparada con Blanca... y sin embargo, tiene los novios por docenas.

—¡El dinero, hija, el dinero!

—Yo no sé como hay hombres

que tienen valor de casarse con esos loros... ¡y todo por el maldito dinero!

—¡Y luego hay quien dice que los santos hacen milagros!

—¡Cál Ríete tú de eso. Yo he echado la penitencia de rezar quince días a San Antonio y otros quince a Santa Rita, y ¿qué me ha dado? ¡Pesares y disgustos! Así es, que se le quitan a una las ganas hasta de mirarse al espejo.

—¡Y hasta de vivir en el mundo... con decirte que ya no sé qué hacer ni qué ponerme para ver si pesco un novio; aunque sea... ¡pregónero! Y cuidado que yo no soy de esas que se pudren en sus casas; aquí entro y allí salgo, y... ni por esas. Estoy completamente convencida de que cuando una nace para servir santos, no la libra ni

aquel célebre Don Juan Tenorio.

—¡Qué tiempos aquellos!

—Verdad que estarían contentas los mujeres de aquellos tiempos; pero lo que es ahora... No se arrima a nuestra puerta ni un pordiosero, estoy convencida...

De súbito apareció en la puerta de la azotea Anita, hija de unos doce años, hermana de Marta, que gritaba llena de júbilo:—¡Marta! ¡Marta! ¡Ahí está el cartero que trae una carta para ti!

¿Para mí? ¿Será equivocación?

—No, he leído el sobre y es para ti.

—Espera un momento, Rosario, voy en un vuelo.

En la azotea quedó Rosario ensimismada como si reflexionase y mascullando entre dientes:—¡Una carta para Marta! ¿De quien será?

A TÍ

Cual aurora radiante de esplendores
Apareces mujer, enamorado
Rindo a tu bello rostro inmaculado
Mi vida todo amor; y entre las flores
Edénicas de tu mirar de cielo,
Las penas de mi alma hallan consuelo
Al beso de tus mágicos fulgores.

.....
Gozosa su sonrisa, que es poesía
Reina en las mieles de tus labios rojos;
Arden en la pureza de tus ojos
Nítidas esperanzas de alegría
Al fuego del amor, y en los rubores
Dívinos de tu virgen corazón,
Orgullosa este amor, teje con flores
Sus sueños de caricias e ilusión.

EL SEÑOR X.

Noviembre 1928.

Cafés y Chocolates "LA MANA" son los mejores

Representante: JOSÉ ABAD GARCÍA

Marín, 12. altas - ALMERÍA

Aún no sé el contenido de ella y ya me está royendo el gusanillo de la envidia.

De esta meditación, la sacó la presencia de Marta que apareció trayendo la carta que acababa de recibir y de seguro que no la cambiarían por todo el oro del mundo.

—¿Es para tí?—interrogó Rosario llena de curiosidad.

—Sí, pero no sé de quien es.

—Destápala, y si te estorbo...

—No, no es eso; es... que quisiera conservarla sin tocarla para tener una esperanza.

—Entonces, como dijo el poeta:

«Con esta esperanza vivo
de esperar desesperado.»

—¡Eal pues,—dijo Marta rompiendo el sobre y leyendo con avidez la firma. Su corazón latía aceleradamente; sus ojos se nublaron y sus piernas se vagaron a sostenerla cayendo pesadamente sobre su silla.

—¿Qué te pasa, Marta, que te has puesto tan triste?

—Toma, dijo Marta alargando la carta a Rosario. Ésta, después de leer la carta que satisfizo su curiosidad, dijo acariciando a su amiga:—Hasta tu prima, haciéndote presente su boda, te hace sufrir; paciencia ¡hemos nacido tan desgraciadas...!

El canario, que se mantuvo silencioso durante este episodio, dando mil piruetas, volvió a repetir sus trinos como diciendo:—No sufráis, ¿no veis que yo estoy preso y solo y aún canto...?

V. MALDONADO LÓPEZ

AMOR Y HEROISMO

Para mi buen amigo Pepe Baena, cariñosamente.

Ella era graciosa y angelical. En sus claras pupilas, de un azul purísimo, brillaba el candor; blanca azucena era su frente de alabastro; sus labios encendidos, rojas amapolas; su cutis fino y delicado te-

nía suavidad de seda y transparencia de nácar, y era su andar afoso y elegantísimo.

El la amaba. Su pasión era pura, ¡más que la nieve immaculada que albea en las montañas! profunda e inmensa como el ancho mar que contra el arrecife se estrella. La amaba, y en su amor sufría.

También lloraba ella, y eran sus ardientes lágrimas como líquidas perlas de fuego que encendían el rostro angelical de la doncella...

Tenían que ocultar su amor, ¡su inmenso amor que no cabía en sus pechos lacerados! ¡Tenían que fingir! Mas, al cruzarse por la vida, sentíanse atraídos por magnético impulso, y se miraban, y eran sus miradas elocuentes un relámpago deslumbrador que surgía al encuentro, y eran, al separarse, una pena muy honda que lloraban enamorados.

Porque así lo quería el mundo. ¡Qué malo es el mundo!... Así lo demandaban los absurdos convencionalismos sociales, dique gigantesco, más fuerte que de mármol o granito, contra el que se estrella con lamentable frecuencia la corriente suave y serena de los más inefables y puros amores.

¡Sufrían!... ¡Pobres almas sin pecado, sin mancha alguna que las empañara!...

Meditaba ella en su alcoba... Sobre el rojo terciopelo de elegante reclinatorio apoyaba los codos la infeliz, y sus finas manos, blancas y perfumadas, las unía en súplica ferviente, y era agitado su casto seno por mortal congoja...

De súbito llegan a sus oídos gritos de angustia, voces de alarma, ayes lastimeros...

Desde el alféizar de su ventana mira a la calle, y un escalofrío de muerte recorre su núbil cuerpo...

¡Fuego en su casa! Lo dice la aturdida muchedumbre que alrededor se agita... ¡Lo ve ella en las potentes llamaradas que salen de la planta baja e incendian el espacio!...

Siente la desventurada un terror

indescriptible... Quiere huir y no puede... Túrbanse sus sentidos, y como sin vida, sobre la regia alfombra que cubre el pavimento.

Ya llegan imponentes las llamas —lenguas de fuego—donde duerme la beldad yacente... Su cuerpo escultural pronto va a ser pasto del incendio, cuando unos robustos brazos, ¡los de él!, piadosos la recogen con heroica valentía, ¡que es más potente el fuego que arde en el pecho del enamorado galán que aquel otro que convierte en ceniza muebles y tapices!

Y la muchedumbre aplaude, delirante, entusiasmada, ante el temerario arrojado del mancebo que aparece rodeado de llamas y llevando milagrosamente en sus brazos, con amor y respeto, el ídolo sagrado de su alma, del que ya no había de separarse jamás, porque ¡oh prodigio! el mundo, que era malo, se hace ahora bueno y sanciona, en una prolongada y unánime ovación, el tanto sentimental alumbrado por antorchas devastadoras en aquella horrible noche de incendio...

G. BAENA ALFÉREZ

Conferencia en el Teatro

Ante numeroso auditorio, el pasado día veintiocho dió su anunciada conferencia en el escenario del Teatro Español, de esta ciudad, Don Hermann Mayer, técnico de propaganda de la Sección Agronómica de la casa E. Merck, de Darmstadt, en Alemania.

La disertación fué dada y versó sobre los procedimientos más adecuados para matar ciertos parásitos de la parra, que atacan y pudren el fruto, recomendando el empleo de unos polvos arsenicales, producto de la antedicha Casa alemana.

El señor Mayer hizo proyectar también, en la pantalla del referido coliseo, una película bien documentada, dando a conocer los diferentes procedimientos que se emplean en el extranjero para el uso del específico que recomienda.

En suma: fué una conferencia de carácter práctico, que agitó bastante al numeroso público.

AL PASAR

He cruzado la hermosa plaza de Dalías, cuando el sol alumbra refulgente en el espacio, bañando a todos con su luz y fortaleciendo a los humanos con su dulce calor y haciendo que en la tierra germine el sembrado.

Delante de mí, pasa una mujer: no es alta, ni baja; es de la estatura que daba Praxíteles a sus Venus de piedra; no es rubia ni morena, es de un encendido color de grana en sus mejillas, es fuego en sus ojos, es gracia rítmica en sus pasos, es rojo clavel su boca, es ondulado y castaño su hermoso cabello como el de las santas mujeres que socorrieron y ampararon al Crucificado; es mezcla de virtud y de honestidad, de gracia y denosura, de espeto infundido e ímán de de amores sagrados; es incentivo y atención, hechizo y alegría, severidad y encanto. ¿Quién eres tú, divina criatura, que amas a Dios, al pudor y a los amores; que despiertas la admiración de los que te ven y el respeto de todos? ¿Quién eres tú, que al pasar, haces que en todos los labios se eleve, con ternura y consideración y respeto un ¡Dios te bendiga!... ¿Que quién soy yo?, dice, con los ojos. Y contesta la esencia de rosas, nardos y jazmines que emana de su ser, y la pureza que fluye de su alma virgen: ¡Una Daliense!... Y entonces, digo yo, otra vez: ¡Dios te bendiga!

JOAQUÍN LÓPEZ PÉREZ

DE TEATROS

Con el drama de Don José Mata «En mitad del Corazón», debutó en nuestro elegante coliseo Teatro Español, la compañía dramática de Juan Zafra, cuyo elenco es muy aceptable y se captó el favor del público, que en las funciones sucesivas llena, casi por completo, el teatro.

Después, puso en escena dicha compañía, la bonita comedia de los Quintero, «Los Mosquitos» y «Fuensanta, la del Cortijo», de don Enrique Alvear, «Es mi hombre», de Arniches y otras obras de reconocido mérito literario; cumpliendo muy bien en la representación de todas ellas, y muy especialmente, el simpático primer actor y director señor Zafra, a quien el público aplaudió siempre que pisó la escena.

La sala de nuestro bonito teatro vióse muy concurrida durante la actuación de estos artistas, por lo más distinguido de la sociedad daliense.

Nuestro aplauso a la Empresa del coliseo, alentándola para que, con frecuencia, nos obsequie con estos agradables y cultos espectáculos.

LABORANDO

Estas ideas, noblemente regeneradoras, deben inculcarse cuando la inteligencia empieza a pensar y el corazón a sentir.

(De «La Voz de Dalías.»)

Aludo a un artículo publicado por don Antonio Aparicio, el cual, me llena de inmensa satisfacción al ver en este rincón de la provincia a un portavoz, producto de la buena voluntad de una Juventud consciente que su espíritu creador llevara al raciocinio de los viejos, nociones que faciliten la destrucción de obstáculos que impiden el desarrollo rítmico del Progreso.

En este ánimo, tomo como corresponde a cada cual la obligación de contribuir con mis fuerzas a engrasar el eje de la rueda: Evolución, y admiro al que dedica su fuerza intelectual al ferviente deseo de una Paz duradera y conseguir con ello el bien para la tan necesitada Humanidad.

Siendo obra de la Divinidad, todo lo que somos y nos rodea, es divino. Por ser el hombre el individuo más evolucionado de la Naturaleza, está más cerca de Dios, es decir, su pensamiento es más potente para conseguir el ideal a que aspire.

Entre los beneficios que puede reportar un pensamiento está el del Amor, el de la Paz. Encontramos no solo centros instructivos infantiles donde se enseña el amor a la Paz, sino también Instituciones de hombres que se dedican solo a lanzar pensamientos que atraerán la tan deseada dicha.

No ha mucho las Naciones más civilizadas del mundo determinaron dedicar unos minutos de silencio, para anhelar intensamente en ellos la tranquilidad universal, que lejos de ser (como algunos se figuran) minutos de mutismo insípido, obraron eficazmente por su potencia colectiva e hicieron vibrar en el corazón de los hombres el deseo de una fraternidad completa.

Si nuestra es una potencia que puede crearse por medio de su voluntad los bienes y males que gozamos y sufrimos, ¿por qué no, hemos de dedicar con verdadera fe esa fuerza para rechazar con valentía las tentaciones pasionales que nos llevan a la miseria?

Si nosotros somos la misma obra de nuestro proceder, ¿por qué no hemos de embellecer nuestro cuerpo bajo la influencia y molde de nuestro pensamiento?

Este es el deseo del Maestro: que nos amemos los unos a los otros como Él nos ha amado. Y así termino como el Sr. Aparicio; dándole mi más sincera enhorabuena, expresando al mismo tiempo mis más sinceros votos para que la vida de ese digno decenario LA VOZ DE DALÍAS continúe haciendo esta labor tan provechosa como necesaria.

ANJOMA

ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

Luis Luque Lirola

CONFITERÍA Y PASTELERÍA

ESPECIALIDAD EN ENCARGOS PARA BODAS

L. L. L.

Calle del Correo, n.º 23

DALÍAS

SU PROPAGANDA SERÁ CONOCIDA
POR TODOS SI LA HACE EN
"La Voz de Dalías"

LUIS LIROLA

PANADERÍA Y BOLLERÍA

Este establecimiento apesar de llevar pocos días abierto al público, cuenta ya con una numerosa clientela, por la esmerada elaboración y la baratura de sus precios.

Se admiten encargos de Pan de Aceite para las próximas Pascuas.

Calle del Correo - DALÍAS

Angel Maldonado Valverde

ESTABLECIMIENTO DE ULTRAMARINOS,
QUINCALLA, FERRETERÍA Y DROGUERÍA

ALAMBRES, SULFATOS, SULFATADO-
RAS, AZUFRES, ABONOS QUÍMICOS
Y EL MUY ACRE-
DITADO ORGÁNICO **PIQUER**

FÁBRICA DE PAN

EL TRIUNFO

Esta casa es de siempre preferida por las buenas cualidades de sus artículos, la seriedad en la venta y la exactitud en las pesas y medidas.

CALLES DE SAN SEBASTIAN
Y TEATRO ESPAÑOL, N.º 1

Dalías

Café "LOS CORALES"

Habiéndose llevado a cabo varias reformas de importancia, dispone hoy este establecimiento de un servicio higiénico y esmerado.

PLAZA, 41

DALÍAS

En este Establecimiento se vende en buenas condiciones una magnífica mesa de Billar, completa, en buen estado de conservación.

"La Voz de Dalías"

(DECENARIO)

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre.....	1'80 ptas.
Semestre.....	3'60 "
Año.....	7'00 "

NÚMERO SUELTO: 0'20

¡¡Parraleros!!

En LLANO BAJO, cortijo de
DON FRANCISCO MALDONADO VALVERDE
Se venden inmejorables
injertos y se recomienda
no se descuiden en formular
los pedidos, por la gran
demanda que existe

CAFE "ALAMEDA"

CAFÉ :: CERVEZA Y APERITIVOS DE
TODAS CLASES :: SE SIRVEN COMIDAS
Y CENAS ECONÓMICAS

Por su situación céntrica es el preferido del público

Plaza del Mercado, 1

JOSÉ PÉREZ MARTÍN

PELUQUERÍA HIGIÉNICA

Plaza de la Constitución, 4

DALÍAS